

## Mártires de las persecuciones en el Imperio Romano

Conferencia impartida por Alberto Bárcena en el Valle de los Caídos el 20 de octubre de 2013

### ***El valor de los mártires: Roma contra el Cristianismo. Causas y cronología de las persecuciones.***

Iniciamos, desde el Foro San Benito de Europa, un ciclo de conferencias cuyo hilo conductor será el tema de los mártires cristianos a través de la Historia. Pocos temas me parecieron tan a propósito como éste teniendo en cuenta uno de los fines principales del Foro: colaborar con el gran proyecto de la nueva evangelización; una de las prioridades de la Iglesia Católica en la presente coyuntura histórica. En una Europa herida en lo más profundo de su ser por la secularización y el rechazo a los valores del Evangelio, parece cada vez más urgente recordar la llamada de Juan Pablo II, proclamada en Santiago de Compostela, a los habitantes del viejo continente que evangelizó al mundo: <Europa sé tú misma>. Y a la hora de retomar la ingente tarea, conviene recordar asimismo las palabras de un autor que conoció la dura prueba de las primeras persecuciones; Tertuliano: <La sangre de los mártires es semilla de cristianos>. Así era entonces y así ha venido siendo hasta el presente, porque en la actualidad tanto en Asia como en África siguen dando la vida por la Fe, miles de cristianos cada año.

En esta primera conferencia parecía necesario empezar por aquellos primeros testigos de Cristo que legaron al mundo un inmenso patrimonio espiritual: el depósito sagrado de la fe, custodiado por aquellas primeras comunidades que supieron corresponder heroicamente al gran Amor que se les había manifestado de labios de los propios Apóstoles. Realmente, como cuenta el Libro de los Hechos, la primera persecución procedía de los propios israelitas, convencidos, en muchos casos, de que servían a Dios exterminando a los seguidores de aquel para ellos falso Mesías cuya condena a muerte habían conseguido del gobernador romano. El mismo Señor avisó a sus discípulos: <Un siervo no es más que su amo... os expulsarán de la sinagoga... os matarán pensando que dan culto a Dios... Pero ánimo, yo he vencido al mundo>.<sup>1</sup> Era el anuncio de las peores persecuciones; las que provienen de la ruptura de la unidad interna de quienes compartieron, en principio, una sola fe. Desde los primeros siglos hasta la Gran Apostasía. No es necesario acudir al Apocalipsis o las revelaciones particulares para conocer esta dolorosa verdad. Jesucristo lo había anunciado y el discípulo amado lo recoge en su Evangelio.

Pero, vamos a empezar hablando de las persecuciones que venían de fuera; del mundo pagano. En aquellos primeros momentos, los romanos pensaban que se trataba tan sólo de una cuestión interna del pueblo judío; una disputa, en el fondo irrelevante, entre distintas facciones de aquel pueblo conflictivo. En los textos más antiguos, las autoridades romanas parecen observar una cierta neutralidad ante el Cristianismo, cuando no se muestran incluso favorables. Claudio Lisias, tribuno militar de Jerusalén, tomó grandes precauciones para sacar a San Pablo indemne de la ciudad, huyendo de la furia de los jefes del pueblo. Es solo un ejemplo, pero significativo, de aquella primera imparcialidad. Pero pronto cambiaría radicalmente la situación, cuando se pusiera de manifiesto la imposibilidad de someter a los cristianos a las exigencias de sus prácticas religiosas. Estos no se rebelaban contra los poderes temporales, pero se resistieron a adorar a los dioses de Roma poniendo en peligro, según la cosmovisión romana, la <pax deorum>, la armonía entre dioses y hombres que garantizaba su poder sobre el mundo civilizado. Los cristianos proclamaban que había un solo Dios y solo a Él se debía adorar. Eran, por tanto, imposibles de asimilar, peligrosos monoteístas que, a diferencia de los judíos, hacían proselitismo. Se tejieron leyendas sobre su perversidad, atribuyéndoles toda clase de *flagitia*, abominaciones como el infanticidio o el canibalismo. Se

---

<sup>1</sup> Jn 15, 17-27 y 16, 1-4

les hacía responsables de cualquier calamidad pública, incluyendo sequías o inundaciones. Y, desde luego, del incendio de la capital del Imperio. Empezaron así una serie de diez grandes persecuciones que fueron primeramente locales o circunscritas a la ciudad de Roma y su entorno inmediato, para terminar siendo generales o extendidas a todas las provincias cuando se comprobó que nada era posible de frenar el auge de aquella nueva religión.

La primera fue la de Nerón, en el año 67, en la que mueren San Pedro y San Pablo. Con la desaparición del primer Papa y del Apóstol de los Gentiles, bien podría creerse que, descabezada, la peligrosa secta estaba herida de muerte. Pero no era así y en el año 95 comenzaba la segunda, decretada por Domiciano. En ella fue torturado San Juan, pero sobrevivió para escribir el Apocalipsis en su retiro de Patmos. En el 106, viene la de Trajano en la que muere otro de los muchos papas mártires; San Clemente I. Así como otra de las grandes figuras de la Iglesia: San Ignacio de Antioquía. Luego, con Adriano, disminuye la presión pero siguen siendo martirizados algunos cristianos. La cuarta persecución fue ordenada, en 166, por otro de los emperadores de la dinastía hispánica; Marco Aurelio, el emperador filósofo, que sólo estableció una tregua ante los éxitos de la Legión Fulminante, compuesta exclusivamente por cristianos que defendían las ya amenazadas fronteras. La siguiente dinastía continuó la serie y vino la persecución de Septimio Severo, en la que muere otro destacado Padre de la Iglesia, San Ireneo de Lyon, y las santas Perpetua y Felicidad en Cartago. La séptima fue la de Maximiano, en el 237, con mártires como San Hipólito y Santa Bárbara. En el 250 tuvo lugar la de Decio en la que muere Santa Águeda, y en 257 la octava, la de Valeriano en la que muere otro Papa, San Sixto II, así como su diácono San Lorenzo, y San Cipriano de Cartago. Otro obispo, el de Tarragona, -San Fructuoso- fue quemado vivo junto a sus diáconos el 21 de enero de 259. Esta fue ya una persecución general como lo serían las dos siguientes; los últimos grandes empeños por acabar con el Cristianismo por parte de Roma.

En el 274 comenzó la persecución de Aureliano, y por fin, en el 303, la más dura y prolongada de todas; la de Diocleciano. Este emperador, dispuesto a regenerar la sociedad romana, representó el mayor intento visto hasta entonces de acabar con aquellas comunidades a las que, como tantos de sus antecesores, hacía responsables de la decadencia del Imperio. Pero no se daba cuenta de que ya era tarde. Tanto para frenar la descomposición política como para mantener a raya a los bárbaros que se desbordaban dentro del *limes*. Pero, sobre todo era tarde para arrancar de cuajo aquella religión curtida por las pruebas. Había surgido el ideal del martirio y los cristianos lo afrontaron con más entereza, en su conjunto, que nunca.

En la propia guardia pretoriana había cristianos. Así, fue ejecutado San Sebastián, que, asetaado por sus compañeros de armas, sobrevivió para continuar predicando el Evangelio y morir más tarde por flagelación. En la propia Roma, murió también otro Papa, San Marcelo I, y también allí, San Ginés. Pero más huella dejó en el pueblo romano el suplicio de una santa que sería muy venerada durante siglos: Santa Inés, cuyo templo, de la plaza Navona, conmemora el lugar de su martirio. Con tan sólo trece años de edad, desafió las torturas y la muerte en uno de aquellos espectáculos sangrientos que tanto edificaron a miles de contemporáneos logrando el resultado contrario al que se buscaba. En Siracusa, muere Santa Lucía y en Marsella, San Víctor. En esta última persecución, las comunidades hispanas dieron testimonio de norte a sur. Toda España está recorrida por el recuerdo de aquellos mártires: Santas Justa y Rufina en Sevilla; Santa Leocadia en Toledo; Santa Eulalia en Mérida; Santos Justo y Pastor en Complutum (Alcalá de Henares); Santa Engracia en Zaragoza, y en la misma ciudad, el diácono San Vicente con otros muchos cristianos.

Llama la atención la crueldad desplegada por los verdugos de los mártires en todos los tiempos. Recientemente, el Cardenal Amato, en la canonización de 522 mártires de la Guerra Civil española, en Tarragona, habló de una <niebla diabólica> para definir lo que se había adueñado entonces de los enemigos de Cristo. Es un término adecuado para explicar las

circunstancias de tantos de aquellos martirios. Pero todo estaba ya visto desde los tiempos de Roma: se buscaba lograr la apostasía a cualquier precio; en el siglo XX como en el IV. Por eso murió asado San Lorenzo, mientras tantos otros fueron arrojados a las fieras como espectáculo. Un ejemplo entre muchos de aquella influencia diabólica puede ser el del martirio de Santa Juliana de Nicomedia, tal como lo ha transmitido la tradición: desnudada en público, fue colgada por sus cabellos para ser azotada; introducida en una olla de agua hirviente, pasó luego por el tormento de la rueda para finalmente, sin claudicar, llegar a la decapitación.<sup>2</sup> Sus reliquias fueron llevadas a España y, a causa de la invasión musulmana, trasladadas al norte de la Península, dando nombre a la histórica villa de Santillana del Mar. En el retablo de su colegiata, están representados algunos momentos de su martirio, y, significativamente, la santa lleva encadenado al demonio, que la acompaña en todo el proceso. Una explicación sobrenatural, pero llena de lógica, que los artistas supieron dar a las terribles escenas que describían vívidamente. La misma que hace unas semanas el cardenal Amato, en Tarragona, ofrecía respecto de aquellos otros cientos de nuevos beatos del siglo XX.

### ***El número de los mártires.***

La inmensa mayoría fueron anónimos. Como dice Monseñor Elías Yanes, en su Historia de la Iglesia<sup>3</sup> ha sido una cuestión debatida en el siglo XX por historiadores como Ede Moreau, P. Allard, H. Delehaye y L. Hertling, pero se puede establecer el siguiente cálculo: durante la segunda mitad del siglo I (Nerón y Domiciano) los mártires habrían sido unos 5.000. Para todo el siglo II en su conjunto, sumando las persecuciones de Trajano, Adriano y Marco Aurelio, unos 10.000. Durante el siglo III (Septimio Severo, Decio, Valeriano y Aureliano) unos 25.000. Para los finales del siglo III y principios del IV (Diocleciano, Galerio y Maximino Daja) unos 50.000. Es evidente que siempre iban a más de manera exponencial. La cifra global se doblaba de siglo en siglo para terminar arrojando un balance impresionante: en torno a 100.000 cristianos murieron por su fe entre el 67 y el 309.

Pero si las cifras totales son inciertas disponemos de otra más fácil de comprobar con todas sus limitaciones: la de Papas que cayeron víctimas de aquellas persecuciones romanas.

Después de San Pedro, también murió mártir San Lino, en el año 76.<sup>4</sup> Le suceden en la misma relación, el ya mencionado San Clemente I, San Evaristo, su inmediato sucesor, San Alejandro I; San Sixto I, San Telesforo, (martirizado por orden de Adriano) y su inmediato sucesor, San Higinio; San Pío I y su inmediato sucesor, San Aniceto; San Sotero (muerto en la persecución de Marco Aurelio); San Eleuterio, San Ceferino, (muerto en la de Septimio Severo); San Urbano I, San Calixto I (muerto por orden de Heliogábalo); San Ponciano (víctima de la persecución de Maximiano); San Antero (muerto en la misma persecución que el anterior); San Fabián (decapitado en la de Decio, el 20 de enero de 250); San Lucio I, (torturado con hierros candentes en el 254); San Esteban I, víctima de la persecución de Valeriano el 2 de agosto de 257. Sorprendido por los soldados mientras celebraba la Eucaristía, fue decapitado frente al altar, tras unos meses de pontificado. En la misma persecución murió su sucesor inmediato, San Sixto II. Y también mientras celebraba la Misa, en presencia de cuatro diáconos. Uno de ellos, San Lorenzo, murió asado tres días más tarde como el propio Papa le había profetizado. En el 304, muere San Marcelino en la persecución de Diocleciano. Tras su muerte, la dureza de la persecución hizo que la Sede de Pedro estuviera vacante durante cuatro años. Su sucesor, San Marcelo I fue martirizado por orden de Majencio el 16 de enero de 309. Previamente fue

---

<sup>2</sup> Ver Enrique Lafuente Ferrari, *El libro de Santillana*, Ed. ESTUDIO, Santander, 1981, págs. 75 y 76.

<sup>3</sup> , Monseñor Elías Yanes Álvarez (Arzobispo emérito de Zaragoza), *Historia de la Iglesia en la historia de la salvación*, Ed. Édice, 2010.

<sup>4</sup> Roberto Monge, *Dos mil años de papas*, Edizioni Gribaudo, Savligiano (redazione@edizionigribaudo.it), primera edición: 2006.

obligado a servir en las cuadras del emperador durante nueve meses. Por último, también bajo Majencio, muere San Eusebio el 26 de septiembre de 310. En definitiva, entre el 67 y el 310 se suceden 31 papas de los que 24 fueron mártires. Nadie estaría más perseguido que el sucesor de Pedro, obviamente, pero el porcentaje no deja de ser un indicio de la tenacidad con la que se persiguió el Cristianismo, y avala las elevadas cifras manejadas para el total del número de mártires en el Imperio Romano. Y, sin embargo, tres años después de la muerte del último Papa mártir, el Edicto de Milán ponía a salvo a la Iglesia de nuevas persecuciones en el futuro. No terminaría el siglo sin que el Imperio diera un paso más. Un paso decisivo, que con Teodosio, convertía a Roma en el primer Estado confesionalmente cristiano de la Historia.

### **Confesores y lapsi. El <NOMEN CHRISTIANORUM>.**

En torno al 110 el Emperador Trajano recibe una misiva de su gobernador en El Ponto, Plinio el Joven, pidiéndole instrucciones sobre el modo de conducirse con los cristianos en aquel momento de persecución. Es una muy interesante correspondencia a la hora de abordar el carácter de aquellos procesos y el problema de los *lapsi*, los cristianos que habían flaqueado ante la prueba. Pregunta Plinio cómo debe obrar con los menores; si debe castigarlos como a los adultos o no. Trajano no responde; la decisión en este punto quedaba al libre arbitrio del magistrado. Quiere saber también si debe perdonarse a los que se arrepientan y por último si debía castigar por el <nombre> (la profesión de fe cristiana) o por las *flagitia* (supuestas abominaciones de los cristianos). Trajano responde que por el nombre; sabía muy bien que no encontrarían *flagitia*. Plinio también lo sabía a pesar del gran rechazo que sentía por el Cristianismo. Así que la acusación ante el tribunal sería por el <nombre>. En su comparecencia, Plinio, por tanto, les preguntaba a los cristianos, ante todo, si lo eran. Esto equivalía a preguntarles si se reconocían culpables. Les repetía tres veces la pregunta advirtiéndoles de los castigos que su respuesta afirmativa les depararía. Por tanto, aceptaban su suerte con plena conciencia de lo que hacían. Si el acusado reconocía ser cristiano, se le condenaba en el acto sin tomar declaración a los testigos. Era ya innecesario.

Plinio había establecido tres grupos según sus declaraciones: los que G.E.M. de Ste. Croix llama confesores, negadores y apóstatas.<sup>5</sup> Los primeros admitían ser cristianos y no transigían pese a las amenazas. Los segundos negaban la acusación <jamás habían sido cristianos>. Los del tercer grupo admitían haberlo sido pero afirmaban que ya no lo eran. A estos dos últimos grupos les dejaba en libertad previa demostración de su “inocencia”: debían sacrificar a los dioses y reverenciar la imagen del emperador. También debían blasfemar en Cristo, algo que, como el gobernador opinaba, un verdadero cristiano <no haría jamás>. Pero, en ciertos momentos, sí se produjeron apostasías a causa del terror que las autoridades habían logrado inculcar en la población a base de torturas y castigos públicos.

Para poner a prueba a los cristianos, se exigía sacrificar a los dioses en aquellas provincias donde la persecución tenía lugar. A los que lo realizaban se les expedía el <libelo> o certificado que les acreditaba como paganos ante Roma. Buen número de cristianos llegaron a comprarlo, a los funcionarios encargados de aquella tarea, para ponerse a salvo, aunque no llegaban a realizar los prescritos sacrificios. A estos se les llamaría después *libellatici*, cuya situación era discutible dentro de las comunidades cristianas, aunque lógicamente no llegaban a suscitar el rechazo que rodeaba a los *sacrificati* quienes de hecho habían cumplido con lo establecido, llegando a rendir culto a los dioses. A estos se les sometía a un período de prueba y penitencia antes de volver a integrarse en la comunidad. En el extremo opuesto se encontraban los <mártires voluntarios> que habían buscado deliberadamente el martirio. Entre un extremo y

---

<sup>5</sup> Ver G.E.M. de Ste. Croix, “Las persecuciones”, en Arnold Toynbee, *El crisol del Cristianismo*, (Historia de las Civilizaciones, 4) Alianza Editorial/Labor, 1988.

otro, la mayoría de los mártires daban ejemplo no sólo de valentía sino también de coherencia. Fueron, como los de todas las persecuciones posteriores, supremos defensores de la libertad.

En el siglo IV, un autor cristiano, Lactancio, escribía en su obra *Divinae Institutiones*:

*Debe defenderse la religión no dando muerte, sino muriendo [...] Pues nada pertenece tanto al reino de la libertad como la religión [...] El verdadero camino estriba en defender a la religión con la paciencia o entregando la propia vida [...] Ofrendar a los dioses sin desearlo, es una injuria. Nosotros, por el contrario, aunque nuestro Dios es el Dios de todos los hombres, tanto si ello les place como si no, nos abstenemos de forzar a nadie a que le adore, y no nos enfurecemos contra quienes no lo hacen [...] Ibídem.*

En el epítome de la misma obra, concluye su autor: <Sólo en la religión anida la libertad, pues ante todo atañe al libre albedrío>. Ibídem.

Los mártires defendían –y defienden- la libertad, pero movidos por un ideal más alto. En el Apocalipsis, dice San Juan, respecto de ellos: <No amaron tanto sus vidas que temieran la muerte>. Amaron, -y aman- por encima de la propia vida, al que dijo: <No hay un amor más grande que dar la vida por los amigos>;<sup>6</sup> el que <les amó hasta el extremo> como subrayaba el Papa en las palabras que dirigió a los congregados en Tarragona para la beatificación de los 522 mártires, hace solamente unos días. <Los mártires lo han imitado en el amor>. Eran, y siguen siendo, <cristianos ganados por Cristo>.

---

<sup>6</sup> Jn 15-13